

# Escribir o morir

## homenaje a la ausencia-presencia de Rafael Solana

### FEDERICO CORRAL VALLEJO

Tenemos sólo una alternativa ante  
la muerte, crear arte antes que ella...  
RENÉ CHAR

**P**ara entrar al texto que incumbe, sirva de pretexto el acápite inicial para celebrar el centenario del natalicio de René Char, poeta francés de 1907. Si bien la imagen del maestro Solana funge como eje primordial del nuevo libro de ensayo de Mario Saavedra, editado por la Universidad Veracruzana: Rafael Solana: Escribir o morir, que es la antesala a una vida y a una obra; es el homenaje a la ausencia y a la presencia del magno escritor veracruzano.

El recuerdo más palpable que habita en mi memoria de dicho personaje, es la puesta en escena de la obra Debiera de haber obispas con Silvia Pinal, y por supuesto sus colaboraciones en la revista Siempre! Dos años fueron los que seguí sus pasos en dicha revista, el mismo tiempo que tenía de radicar en la ciudad de México; de repente Carreño homenajeó al señor de las letras en la portada de la misma Siempre!, anunciando así su deceso a los setenta y siete años (1915-1992).

Si bien mucho se ha dicho de la vida y obra de Rafael Solana, cada generación tiene la obligación de conocer y de estudiar a sus autores; al respecto, Mario Saavedra ha iniciado el camino en dicho menester ensayístico realizado por su pluma y por su empeño, y su libro Rafael Solana: Escribir o morir debe ser un

detonante para retomar la vasta obra del autor veracruzano y llevar a cabo estudios necesarios, acercamientos pertinentes para las nuevas generaciones, pues como es sabido en su oficio de escritor desarrolló todos los géneros literarios: cuento, novela, poesía, crónica, crítica, teatro... Maestro, amigo y guía de muchos de los grandes escritores del hoy por hoy de la literatura mexicana, baste mencionar a Víctor Hugo Rascón Banda, René Avilés Fabila, Hugo Argüelles, Francisco Hernández, Ignacio Solares, entre un río infinito de prestigiadas plumas.

Rafael Solana: Escribir o morir es, por un lado, una puerta abierta para quienes no conocimos ni convivimos de cerca con el maestro; aceptemos la invitación que Mario nos hace a entrar en el mundo mágico y trahumante que Rafael Solana nos legó por medio de la palabra escrita. Y por el otro, es un baúl de recuerdos y añoranzas donde fechas imborrables y entrañables rostros de nuestra memoria literaria se suben al carrusel de la historia, construida a base de imágenes únicas e irrepetibles, pues Saavedra tiene a bien rescatar instantes que resguarda el tiempo en la delgada línea del olvido...

Es así como Rafael Solana resucita en palabras de Mario Saavedra, quien fue su más fiel discípulo, su más profundo admirador, su biógrafo inmediato, su perenne investigador, su magno difusor cultural y sobre todo su hijo 'intelectual' adoptivo. Todo esto y más nos transmite la lectura de este libro, pero antes que nada y sobre todo el inmenso respeto y el amor infinito, puntas del lazo que unen al autor con el personaje biografiado.



Edgar Mendoza

Con la lectura de este libro compruebo una vez más que el amor y la admiración no se pueden ocultar, así como la nobleza y el don de gente, que sin duda alguna, y sin cobarde ni titubeo, me atrevo a calificar en la persona de Mario Saavedra, con quien sí he tenido el gusto y la suerte de haberme cruzado en su camino.

Me siento afortunado de reencontrarme con las letras del humanista y polígrafo Rafael Solana, además de reflejarme en el epígrafe de Rilke “escribir o morir” que ha tomado el autor para dar título a su libro. Quisiera hacer una disección de los once apartados de este plurivalente ensayo biográfico, si bien antes conmino a cada lector a acercarse a él y permitir que su capacidad de asombro lo lleve por el camino de la sorpresa y el reconocimiento sorprendidos. Hago mención, eso sí, de los apartados que en mí hicieron mella.

En primer término: “Rafael Solana: el oficio de escribir”, pues desde una perspectiva crítica, literaria, quienes nos dedicamos a este oficio debemos conocer la his-

toria de nuestros escritores y sus aportaciones, hacer memoria de los sucesos que cambiaron el rumbo. Por ejemplo, en el espacio dedicado a la revista Taller poético dirigida y fundada por él mismo a la edad de 21 años (proyecto que duró cuatro números y cuyos ejemplares son hoy joyas invaluable), por ejemplo, podemos reconsiderar, según palabras del autor, el estrecho vínculo de Solana con otros insignes personajes como Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Elías Nandino, Enrique González Martínez, Luis Cardosa y Aragón, Jorge Cuesta, Rodolfo Usigli, Efraín Huerta y Octavio Paz, estos dos últimos muy ligados al proyecto editorial de Taller que imprimía Miguel N. Lira. La importancia de Taller poético, entre otros de sus muchos méritos, fue que “terminó por definir las innegables aportaciones de esta generación al contexto de la literatura mexicana el siglo pasado”.

En segundo lugar: “Rafael Solana: entre la novela y el ensayo”, en donde Mario Saavedra nos trasporta al

universo de Solana, y rescata apreciaciones de sus amigos cercanos, como es el caso de Luis G. Basurto, quien en su escrito acerca de Solana retoma y vuelve una vez más a Rilke: “escribir o morir”. Dice el propio Saavedra: “¡Qué mejor manera de definir la vocación de alguien que, asimilándola al deseo y a la posibilidad de existir, indispensable, hizo de la escritura su razón vital, tan necesaria como inaplazable!”.

Reafirmo la cita rilkeana como el detonante del título de esta obra –acertada por cierto–, ya que le viene como anillo al dedo, sobre todo si retomamos el acápite inicial del primer apartado, donde el mismo Solana nos dice: “Me levantaré de mi asiento –el que me tocó ocupar en la vida, y que nunca intenté dejar por buscarme otro mejor, satisfecho de haber disfrutado de la lección, que, como en todo, llega un día a su conclusión...”

En fin, tal como mencionó Avilés Fabila en la presentación del libro, Rafael Solana corresponde al grupo de narradores mexicanos que giran en torno al tema ciudadano, teniendo como personaje central a la ciudad misma; es así como desarrolla su novela *El sol de octubre*, publicada en 1959, siendo el boom del momento junto con *Casi el paraíso* de Luis Spota y *La región más transparente* de Carlos Fuentes.

Por último quiero retomar el apartado “Rafael Solana en Veracruz”. Al respecto, quien haya dicho que nadie es profeta en su propia tierra está equivocado; conozco a muchos que han logrado vencer esa barrera y reconozco su labor literaria. En este sentido, don Rafael es una muestra fehaciente de ello, aun cuando su lugar natal se le debe accidentalmente “...a una oportuna retirada, cuando su padre seguía al general Carranza... Ciertamente es que su raíz jarocho la tenía tatuada en el alma y siempre sintió orgullo de ser veracruzano”. Esta razón está demás, ya que fue por su talento que la Universidad Veracruzana le otorgó el *Honoris Causa*, anteriormente concedido por la Universidad de Yucatán. Pero la presea que mayor apremio tuvo para Solana, fue la de ser admirado y entendido por su propio pueblo, pues cada nueva puesta teatral suya (no sólo en México, sino en otros

países como España, Argentina o Alemania), servía como eco del éxito de otro dramaturgo orgullosamente mexicano. Además de la multicitada *Debiera haber obispas*, otras piezas de Solana como *La estrella que se apaga*, *Ensalada de nochebuena*, *Pudo haber sucedido en Verona* y *Son pláticas de familia* siguen vigentes en el mundo de la dramaturgia universal, porque el nombre de su autor va mucho más allá de un telón... Por algo fue también merecido Premio Nacional de Lingüística y Literatura, y por supuesto Premio Nacional de Dramaturgia ‘Juan Ruiz de Alarcón’.

Como mexicanos sensibles y amantes del arte, tenemos una deuda con la memoria de tan luminoso ser humano, por lo que debiéramos instar a las autoridades a crear una medalla que lleve su nombre y represente a la dramaturgia mexicana a nivel mundial, ya que Rafael Solana fue, es y será piedra angular en las letras mexicanas, sobre todo en los campos del teatro y el periodismo.

Resta agradecer a Mario Saavedra su paciencia, su tesón y su prueba inobjetable de agradecimiento a la persona, al maestro, al humanista y al polígrafo, de quien rescata innumerables experiencias y nos las entrega en charola de plata para que degustemos los lectores de este manjar literario que es Rafael Solana: *Escribir o morir*. Gracias por este acercamiento de tan buena manufactura a la vida y a la obra de uno de los máximos pilares de las letras mexicanas del siglo xx. Quedan pendientes varios apartados, que nos permiten atender las distintas disciplinas en las que el escritor veracruzano incursionó, tales como el cine, el periodismo, la tauromaquia, la poesía, y de los cuales Mario Saavedra se ocupa con similares hondura y atención.

Finiquito diciendo que estas “¡gracias!” desde mi perspectiva sienten todo, pero pueden decir poco o nada... Aun así, se unen al homenaje en presencia-absencia que Mario Saavedra le rinde al hombre en todas sus vertientes. Por tal motivo, mantengamos la fe en las letras y fragmentemos la disyuntiva de “escribir o morir”... Por el momento sigamos escribiendo...■